

voz por todo el mundo como deseaba, y como lo habría hecho si le hubiera sido posible, puede decirse muy bien, que lo ejerció desde su aposento y por medio de sus obras, con las que procuró cooperar al bien espiritual de todos.

CAPITULO XI.

Mision de San Alfonso en Amalfi y en algunos otros lugares.

Hemos dicho que no queremos mencionar todos los lugares en que Alfonso ejerció su ministerio apostólico, ni hacer una minuciosa relacion de las circunstancias que lo acompañaron por todas partes. Sin embargo, creemos no poder escusarnos de hacer aquí una especial mencion de algunos de dichos lugares, respecto á que en ella la predicacion de Alfonso fué acompañada de efectos mas singulares y de cosas verdaderamente admirables y prodigiosas.

El año de 1756 fué de mision á la ciudad de Amalfi, perteneciente al principado de *Citra*, donde hacia mucho tiempo que tres familias diversas ardián en un gran fuego de discordia y enemistad.

Muchos personajes de los mas notables se habian

interpuesto ya, y habian empleado toda clase de medios y de ardides, para apaciguarlo y extinguirlo, pero siempre en vano; antes parecia que iba creciendo cada vez mas con mucho daño de las familias y con grave escándalo de toda la ciudad. Llegado allí Alfonso, comenzó con su acostumbrado fervor á declamar contra la vanidad del siglo, contra los vicios y contra los escándalos públicos, y el primer fruto que obtuvo fué justamente que aquellas tres familias deponiendo toda envidia y rencor, y olvidando completamente lo pasado, se reconciliaron tan de veras, que despues permanecieron siempre unidas con los vínculos de la mas sincera y constante amistad.

Habia tambien en la misma ciudad, en los barrios de S. Simon y de Vagliendola algunas malas mujeres, que endurecidas en el mal servian de lazo y de escollo á muchas almas. El celo de Alfonso las tomó á su cargo, y con sus patéticos y fuertes racionios escitó en sus corazones un tan vivo dolor y arrepentimiento de sus culpas, que horrorizadas de sí mismas y de sus pasadas maldades, abrazaron por medio de Alfonso un tenor de vida tan austero y penitente, que causaron admiracion á todos, y perseveraron en él hasta la muerte. Este hecho no solo produjo una edificacion pública á toda la ciudad, sino que con razon hizo decir á un párroco de ella: *Aun.*

cuando el padre D. Alfonso no hubiera hecho mas que esto, siempre seria el mayor milagro. Ademas, este hecho no aprovechó poco para inspirar tal amor á la vergüenza y al pudor á todas las mujeres de Amalfi, que las que antes tenian la costumbre de andar con la cabeza descubierta, en lo sucesivo comenzaron á cubrirla con un lienzo, dándolo Alfonso de caridad á todas las que por su pobreza no podian comprarlo, y llegando á ser en ellas un uso comun y constante el andar con la cabeza cubierta.

A unos principios tan felices de esta mision, quiso Dios mismo concurrir con algunos prodigios para aumentar mas y mas el valor de la voz de Alfonso, y hacer plenamente fructuoso su apostólico ministerio. Un dia fué una persona á la casa que habitaba Alfonso con su compañero para confesarse con él, en el momento mismo en que debia predicar el sermón grande en la iglesia. Concluida su confesion se fué directamente á la iglesia inmediata y se encontró con que Alfonso estaba predicando allí. A tan inesperado enuevntro quedó extraordinariamente admirado, y tanto mas, quanto que acababa de dejarlo confesando á otras personas y no lo habia visto salir por la puerta por donde él habia salido y por donde necesariamente deberia salir el mismo Alfonso. Habiendo, pues, reflexionado el hecho, comenzó á publicar por

toda la ciudad: *El padre D. Alfonso confiesa en su casa y al mismo tiempo predica en la iglesia.* Tampoco faltaron otros que dijeron lo mismo; porque habiéndose confesado despues que él en la misma casa, tambien lo habian encontrado repentinamente predicando en la iglesia.

A este prodigio siguió otro. Un jóven clérigo, movido de la fama universal de la santidad de Alfonso, le cortó á escondidas un extremo de la falda del manto, mientras estaba confesando hombres antes del alba en la capilla de la Inmaculada Concepcion de la Virgen, en la iglesia metropolitana de Amalfi. Muy contento el jóven con esta adquisicion por considerarla una reliquia, la enseñó inmediatamente á un tío suyo sacerdote, y á su hermano que era canónigo de dicha iglesia; pero los dos en vez de aprobar el hecho, lo reprendieron severamente y lo estimularon á hacer de modo que se restituyese á Alfonso por otra persona el citado pedazo, porque como era bastante grande, no podia menos de causar un notable desfiguro en el manto de que era parte. Al oír esto se entristeció mucho, y despues de haber manifestado á otros lo acaecido y la afliccion en que se hallaba, se puso muy pensativo, ya de dia claro, á observar cuál seria el desfiguro que causaba lo que habia cortado, al salir Alfonso de la capilla. Salió Alfonso en efecto,

y sumamente admirado el joven clérigo al ver el manto intacto, y no creyendo casi á sus mismos ojos, llamó con disimulo á los amigos que estaban en el secreto, así como á su tío y al canónigo su hermano, para que observasen si la cosa era como le parecía, y todos atestiguaron lo mismo, es decir, que no faltaba nada al manto de Alfonso.

Por la misma época llevó una señora de Amalfi á Alfonso un hijito que tenia de cerca de tres años, atacado de epilepsia. Al verlo Alfonso le hizo la señal de la cruz en la frente, y aseguró á la madre que no solo curaria perfectamente de aquel mal, sino que llegaria á ser sacerdote y encaminaria almas á Dios. Su dicho se verificó exactamente: el niño no volvió á ser atacado del mal despues de la bendicion de Alfonso, y llegado á la edad adulta, fué párroco y aun llegó á ser primicerio de la iglesia de San Pancracio en Conca, diócesis de Amalfi.

Divulgados estos prodigios por toda la ciudad, no solo escitaron una grande admiracion, sino que sirvieron ademas para conciliar mayor estimacion y respeto hácia Alfonso y para hacerlos á todos cada vez mas dóciles á sus instrucciones: así es que no hubo ni órden, ni condicion, ni edad de personas que penetradas de las palabras de Alfonso, no detestasen de corazon sus pasadas faltas, y con una verdadera y

estable conversion no solicitasen con suspiros, lágrimas y penitencias, borrar las ofensas hechas al Señor. Aun los mozalvetes mas libertinos y licenciosos y las doncellas mas vanas, habiendo concebido un verdadero aborrecimiento á sus locuras, se vieron venir en tropel á los piés de Alfonso, trayéndole panderos, guitarras y toda clase de instrumentos, con cuyo sonido, acompañado de cantos profanos, habian depravado su corazón. Hecha una gran hoguera con todos ellos en el átrio de la iglesia de San Andrés, fueron quemados, ofreciéndolos Alfonso al Señor como un holocausto de otros tantos corazones sinceramente arrepentidos.

Estando la mision para concluirse y cuando ya la ciudad de Amalfi presentaba la imágen de la penitente Ninive, acaeció otro prodigio aun mas estrepitoso. Predicaba Alfonso sobre el Patrocinio de la Virgen, y al escitar al pueblo á una verdadera devocion hácia la Madre de Dios, encendiéndose mas y mas su celo, exclamó: ¡Ah, sois demasiado frios al invocar á la Virgen! Quiero invocarla por vosotros. Dicho esto, se puso en acto de orar con los ojos alzados al cielo, y al momento, todo el pueblo que tenia los ojos fijos en él, lo vió elevado á la altura de cerca de dos palmos, con el rostro muy encendido y vuelto hácia una estatua de la Virgen, colocada á cierta distancia á la

derecha del púlpito. Al mismo tiempo el rostro de dicha estatua de María Santísima se dejó ver muy brillante, y que despidiendo rayos de luz, heria con ellos é iluminaba el rostro del estático Alfonso. Este prodigioso espectáculo duró por espacio de cinco ó seis minutos; y entre tanto, si Alfonso no profirió palabra, aquel vasto templo resonó con las voces del pueblo espectador de tan improviso y admirable acontecimiento, y entre las confusas palabras de *miseri-cordia* y de *milagro*, todos se deshacian en un copioso llanto; pero vuelto Alfonso del éxtasis, y cual otro Moisés bajado del monte, dió al pueblo con extraordinario y majestuoso tono de voz la consoladora nueva, diciendo: *Alegraos, que la Virgen os ha concedido la gracia.*

Mas no fueron estos los únicos prodigios acaecidos en esta mision. Bendiciendo Alfonso el último dia á su pueblo querido, al exhortarlo á la santa perseverancia, añadió: *Teneid cuidado, porque mañana luego que hayamos partido, bajará de la mina de fierro un demonio que os dará ocasion de olvidar los propósitos hechos y caerá sobre vosotros el castigo del terremoto.* En efecto, el dia siguiente cuando Alfonso y sus compañeros se habian ido, hé aquí que de improviso cayó de la mina de fierro inmediata á la ciudad el demonio, esto es, una partida de búfalos con-

ducida de allá arriba para divertir al pueblo con el espectáculo de la caza. No bien llegó á la plaza cuando toda la ciudad se bamboleó con una fuertísima sacudida de terremoto: entonces el pueblo, lleno de espanto, corrió en tropel á la iglesia metropolitana con Monseñor Cioffi, arzobispo de Amalfi, el que subiendo al púlpito predicó fervorosamente á su pueblo la penitencia y la santa perseverancia en los propósitos hechos. Todavía no acababa de hablar, cuando volvió á temblar la tierra con más fuerza, de manera que cayeron del altar mayor los candeleros, las flores y ornamentos. El arzobispo dispuso entonces predicar en la plaza, y vuelto al pueblo, dijo: *El padre D. Alfonso nos habia anunciado este gran castigo de Dios: si algunos no se hubiesen convertido en la mision, rogamos al Señor mueva el corazon de estos obstinados pecadores.*

El ver cumplido con tanta exactitud el mismo dia de la partida de Alfonso el castigo que tan clara y públicamente habia predicho, causó una emocion tan grande en aquel pueblo, que todos volvieron á detestar con lágrimas sus culpas y á echarse á los piés de los confesores: así es que el fruto de esta mision fué tan estable y permanente, que al cabo de seis meses queria el pueblo apedrear á un jóven que tomó un laud para tocar; y habiendo ido de mision á los cinco

años algunos padres operarios píos, viendo la reforma y las buenas costumbres del pueblo, dijeron públicamente: *Hemos estado en muchos lugares del reino y no hemos encontrado todavía una ciudad morigerada como esta:* y atribuyendo todo el mérito á solo Alfonso, estimaron inútil su venida.

Mas no solo en la mision de Amalfi iluminó la Santísima Virgen con visibles rayos de luz la cara de Alfonso: este prodigio, ademas del citado arriba acaecido en la ciudad de Foggia cuando todavía era simple sacerdote, se volvió á verificar en la misma ciudad, cuando despues de fundada la congregacion fué á predicar en la mision del año de 1745, así como cuando estaba en la mision del territorio de Jorge, en la diócesis de Salerno. Por otra parte, si todas las misiones de Alfonso produjeron tan grandes ventajas y tan abundantes bienes á las almas, con mucha mas razon ciertamente éstas, que fueron acompañadas de tan ruidosos portentos.

CAPITULO XII.

Renuncia y aceptacion del obispado por San Alfonso.

Con tantas fatigas apostólicas y por el celo que siempre habia manifestado por la salvacion de las almas, se habia adquirido Alfonso con toda razon una fama no comun de doctrina y santidad. Movidó el cardenal Spinelli por estos dotes, así como por los prodigios acaecidos en algunas misiones de Alfonso, pensó en hacerlo promover al obispado. Luego que Alfonso tuvo algun indicio de esto, suspendió la mision en que se hallaba entonces en la diócesis de Nápoles, y en vez de ir como debia á dicha ciudad, fué á esconderse á la remota casa de Ciorani; pero de allí á poco Carlos III, rey entonces de las dos Sicilias y de las Españas, fijó los ojos en Alfonso para proponerle arzobispo de Palermo, diciendo, que si el Papa hacia buenos obispos, tambien él queria hacerlos mejores. Alfonso, que comprendia muy bien cuál era el peso y las obligaciones anexas á esta dignidad, luego que supo la idea del rey, quedó aturdido, y puso en obra toda clase de medios para esquivarla. Escribió con la mayor eficacia á Monseñor Rosa, obispo de Pozzuolo, y entonces capellan mayor de la corte, y

al marqués Brancone, primer ministro, esponiéndoles el voto que tenia hecho de no aceptar dignidad eclesiástica fuera de su congregacion, y añadiendo otras muchas razones sugeridas por su heroica humildad. Al mismo tiempo redobló sus oraciones y penitencias, y aun escribió á todas las casas de su congregacion para que se hiciesen rogativas especiales. Tambien escribió al padre Cafora su director, diciéndole: *Padre mio, es tiempo de oracion y de rogar á Dios, porque me veo con una gran persecucion encima. El rey ha dispuesto elegirme arzobispo de Palermo; pero antes iré á ocultarme en un bosque que aceptar esta dignidad.* A pesar de esto, el rey insistió cerca de un mes en la determinacion de hacerlo arzobispo de Palermo, y aun entonces no cedió sino porque el mismo marqués Brancone le hizo ver que las misiones iban á sufrir un grave perjuicio si faltaba Alfonso al frente de ellas. De este modo logró su intento y librarse de tan gran peso: dar ademas un indicio mas claro de su santidad, manifestar aun mayor mérito y dar una razon mucho mas poderosa para ser reputado digno de él.

A poco tiempo de esto vacó el obispado de Santa Agueda de los Godos en el Principado *ultra*; y el Sumo Pontífice Clemente XIII, en virtud de la alta estimacion que hacia de él, lo eligió espontáneamente

obispo de aquella iglesia en 1762. A la primera noticia que tuvo Alfonso por Monseñor el Nuncio de Nápoles, quedó asombrado y confuso; pero después, concibiendo la esperanza de poder escusarse de algun modo como lo habia hecho la primera vez, se calmó un poco y cobró nuevo ánimo. Con esto, escribió una carta respetuosa al Pontífice, esponiéndole su inhabilidad para esta carga, su avanzada edad, los quebrantos de su salud, y muy particularmente el voto que tenia hecho de no aceptar ningun beneficio ni dignidad eclesiástica fuera de su congregacion: en cuya virtud le rogaba eligiese otro sugeto digno y merecedor, escluyendo su persona, indigna por todos lados, de ascender á tan eminente dignidad. Tambien escribió al cardenal Spinelli y á otros amigos suyos, suplicándoles lo ayudasen en su solicitud. Sin embargo, su esperanza no carecia de temor, y todo el tiempo que estuvo esperando la respuesta del Papa lo pasó lleno de agitacion y muy turbado. Su estado era tal, que decia, que si no se aceptaba su renuncia, consideraria al que le diese la noticia como un verdugo que le hubiese de quitar la vida en un cadalso.

Recibió el Papa la carta de Alfonso, y al leerla se sintió tan enternecido y conmovido, que la noche del 14 de Marzo dijo á su Pro-auditor el cardenal Negroni, que queria consolar á aquel pobre viejo y exi-

mirlo del grave peso del obispado. ¿Pero qué? habiéndolo llamado á la mañana siguiente, le dijo en términos precisos, que escribiese al padre D. Alfonso de Liguori que de todas maneras lo queria obispo, y que con su pontificia autoridad lo dispensaba del voto que tenia hecho de no aceptar ninguna dignidad. Y como el citado Pro-auditor le dijese: *¿Pero no me dijo anoche V. Santidad que lo queria consolar?—Es cierto,* respondió el Papa; *pero en la misma noche me lo ha inspirado así el Espíritu Santo.* Y oyéndolo el cardenal Spinelli, dijo: *Dios lo quiere, la voz del Papa es la voz de Dios.* Así es que, con arreglo á esta orden, escribió el repetido Pro-auditor una carta á Alfonso en la que, entre otras cosas, le decia: que el Papa insistia en imponerle aquel peso; que aceptase la carga sin mas escusa, y que Su Santidad lo dispensaba del voto que tenia hecho de no aceptar oficios ni beneficios fuera de su congregacion.

Recibida esta carta por el rector local, y leida por él en presencia de algunos otros padres, conforme á la licencia que con anticipacion habia dado Alfonso, entraron aquellos en su habitacion para mostrársela. Luego que entraron le dijeron que rezase una Ave María á la Virgen, á cuyas palabras, previendo Alfonso la causa, respondió inmediatamente: *¿Pues qué, ya volvió el criado del Nuncio?* Mas ellos le repitieron

que dijese una *Ave María:* entonces Alfonso la rezó de rodillas, pero en todo su exterior manifestaba claramente que ya preveia lo que le iba á suceder. En seguida le leyeron la respuesta del Papa, y al oirla inclinó la cabeza, como si el mismo Dios le hubiese hablado, y prorumpió en estas palabras: *Obmutui quoniam tu fecisti: Gloria Patri;* y al mismo tiempo se le vieron los ojos rasados de lágrimas, y vuelto á sus compañeros, dijo llorando: *Dios me echa de la congregacion por mis pecados: no os olvideis de mí. ¡Ah! que habiamos de separarnos despues de habernos amado por treinta años!* y poniéndose la carta en la cabeza, repitió muchas veces lleno de resignacion en la voluntad divina: *Obispo me quiere Dios, y obispo quiero ser.* No faltó quien le dijese que se podia responder al Papa y procurar que aceptase la renuncia; pero él interrumpiendo, dijo: En esto no cabe interpretacion. *El Papa se ha declarado en términos de obediencia y es menester obedecer.* Diciendo esto, fué sorprendido por unas terribles convulsiones que lo tuvieron por mas de cinco horas sin poder hablar, y luego le atacó una fuerte calentura por el temor del cuidado de las almas que debia pesar sobre sus hombros, y del que á su tiempo habia de dar á Dios una estrechísima cuenta. La calentura le duró nueve dias y le creció en términos que se desesperaba de su cu-

racion. Informado el Papa del estado en que se hallaba, se affigió mucho, pero no por esto varió de modo de pensar. *Si muere*, dijo, *le damos nuestra apostólica bendicion; pero si vive, lo queremos en Roma.* Por último, Alfonso se restableció de tan grave enfermedad, y á fin de obedecer el mandato del Pontífice, se dispuso á partir para Roma.

Entre tanto, sufriendo de muy mala voluntad sus compañeros y alumnos verse privados de su padre y no vivir ya bajo su sabio y suave gobierno, reuniéndose en capítulo general, lo confirmaron, aunque obispo, superior general perpetuo de su congregacion, con facultad de poderla gobernar por medio de un vicario general. Y á fin de que esta resolucion fuese aun mas estable, pidieron su aprobacion á la sagrada congregacion de obispos y regulares, de la cual la obtuvieron el 25 de Mayo del mismo año de 1762.

PARTE TERCERA.

DEL ESTADO DE OBISPO.

CAPITULO I.

Viaje de San Alfonso á Roma y á Loreto.

Despues de haber aceptado Alfonso el obispado, por solo obedecer al Sumo Pontífice como hemos dicho, se dispuso inmediatamente á partir para Roma, como en efecto partió, llevando consigo al padre D. Andrés Villani, hombre de virtud experimentada. Quería ir á Roma con los mismos hábitos tan usados y remendados con que acostumbraba andar siempre y con los que causaba lástima á todo el que lo veía. Pero su director y otros padres lo indujeron, por obediencia, á que por lo menos se hiciese una chaquetá nueva y un manteo para presentarse al Papa y consagrarse obispo. Al pasar por Velletri, fué acogido con las mayores muestras de respeto y estimacion por el cardenal Spinelli, que ademas se empeñó